

LIBRO QUINTO

DISOLUCION DEL FEUDALISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I.—Causas de la disolucion.

Llévase cada edad en sí misma las causas de su disolucion ó de su trasformacion, mejor dicho. Acontece con la vida general de la humanidad lo mismo que con la del individuo; la vida en su esencia no es más que movimiento, progreso, y, por consiguiente, trasformacion incesante; tanto es así, que no hay disolucion propiamente dicha ni hay muerte; ese momento solemne que nos entristece y nos aterra no es más que el paso de una á otra vida, y cada nueva existencia está rigurosamente determinada por aquella que la ha precedido. En la vida del individuo no alcanzamos á conocer las existencias sucesivas y progresivas; únicamente la fe nos enseña que procedemos de un pasado, producto de nuestra libre voluntad, de la cual depende igualmente nuestro porvenir. Sin embargo, la libertad no explica por sí sola la vida. Nosotros vivimos y avanzamos hácia el término de nuestros destinos, guiados por la mano de Dios, y este lazo que une la criatura al Creador constituye la verdadera vida. Esa es también la vida de la humanidad, con la diferencia de que no es en ella un misterio, como en el individuo, la serie de progresos que

realiza, puesto que la historia nos enseña á cada paso de qué manera el presente procede de lo pasado y engendra lo porvenir. Hay también en la vida de la humanidad épocas de disolucion que nosotros llamamos decadencia, ruina, muerte; pero la historia nos enseña que todo eso no es más que aparente; nunca se muestra la vida más enérgica que en las épocas solemnes de trasformacion y de renovacion, para explicar las cuales no basta la libre actividad de los pueblos. Dios interviene en el destino general de la humanidad, como en el de los individuos. Pero guardémonos de creer que la gracia, que la accion providencial anula la libertad; la humanidad se crea su destino, así como el hombre se crea el suyo. Si nos fuese dado ver el presente como Dios lo ve, podríamos predecir lo futuro, porque el presente es el germen del porvenir, así como es el efecto de lo pasado. Sólo en ese sentido es en el que decimos que toda época histórica lleva en sí misma el principio de su disolucion, de su trasformacion y de su renovacion.

Ya hemos asistido á una época de muerte y de resurreccion de la humanidad. Por más que la ser-

vidumbre y el politeísmo fuesen un progreso sobre lo anterior, la antigüedad estaba minada por la esclavitud y la idolatría. Pero en su seno se verificaba un trabajo de renovacion que condujo al cristianismo, y la religion nueva apresuró la disolucion del mundo antiguo y dió comienzo á una nueva edad. ¿Cuál es la mision de la era inaugurada por Jesucristo? Los vicios de la antigüedad sirven para que descubramos los principios que debian ponerles remedio. Los antiguos desconocian la igualdad hasta el punto de considerar la esclavitud como una institucion divina; y por eso no llegaron á fundar la libertad, puesto que la libertad y la igualdad son inseparables. Los antiguos ignoraban la unidad de la creacion, únicamente impresionados por la infinita diversidad que en aquella reina: la divinizaban por medio de innumerables dioses. Igualdad, libertad, unidad, tal es la ley de vida de la sociedad cristiana.

Obra inmensa que no se realizó en un día, porque es necesario que la humanidad pase por muchas trasformaciones ántes de aproximarse á su ideal; porque en su larga y penosa carrera tiene el género humano sus etapas, sus sitios de descanso, y á eso es á lo que se llaman épocas históricas. Cada una de ellas es como una existencia aparte, como la vida de un hombre; cada una tiene un fin determinado que se enlaza con el destino general de la humanidad, y en cada una de las cuales hay muerte y hay renacimiento. El principio y el fin de esas existencias sucesivas están señalados por acontecimientos notables; el cristianismo es una de esas grandes revoluciones. Desde el siglo I al V se realiza un doble trabajo: disolucion del mundo antiguo, constitucion de la sociedad cristiana. Constituida, dogmáticamente al ménos, en el siglo V, quedan delineadas las creencias que han de ser el pan de vida de la humanidad por espacio de siglos. ¿Por qué la renovacion del mundo no se verificó regular y pacíficamente bajo la influencia de la religion? ¿Por qué ese inmenso cataclismo que se llama la migracion de los pueblos ó la invasion de los Bárbaros? Es ese uno de los acontecimientos que revelan grandiosamente la intervencion de la Providencia en las cosas humanas. La raza germánica y el cristianismo están unidos por un estrecho lazo: no hubiera habido cristianismo sin los Bárbaros, y los Bárbaros sin el cristianismo no tenian razon de ser. Las

conquistas de los pueblos germánicos son guerras de propaganda con las que se difunde el cristianismo y á cuyo amparo se funda la Iglesia. La religion que propagan los Bárbaros con sus victorias es el instrumento providencial de su educacion.

El establecimiento de los Bárbaros da principio á la Edad Media, y los siglos que separan de la antigüedad la Edad Moderna se unen por medio de los dos elementos que en ellos dominan y que, en realidad, forman uno solo, la raza germánica y el cristianismo. Pero la coexistencia de esos elementos envuelve, como toda vida, una época de fusion, despues una época de desarrollo, en pos de la cual viene la disolucion. Desde el siglo V al X se realiza el trabajo de descomposicion y de preparacion. Los Bárbaros experimentan la influencia del genio romano, y tratan de reconstituir el imperio por sí y para sí solos; pero bajo la aparente unidad de la dominacion carolingia se desenvuelven las verdaderas tendencias de la raza germánica. El espíritu bárbaro es del todo contrario al espíritu romano: es aquél un espíritu de individualismo, de separacion, de fraccionamiento, que acaba por descomponer la sociedad, y solamente entonces comienza la verdadera época germano-cristiana, el feudalismo y la Iglesia. Los cinco siglos que trascurren desde la invasion hasta el establecimiento del régimen feudal revelan, en apariencias, el predominio de la barbarie y la destruccion de los últimos vestigios de la cultura y de la unidad romanas. Sin embargo, en ellos se va realizando un inmenso progreso hácia el ideal de las sociedades cristianas. Ciertamente es que Roma queda destruida con su admirable unidad y su antigua civilizacion; cierto es que la barbarie domina en el siglo X, que es un siglo de hierro. Pero la civilizacion romana, con su absorbente unidad y su despotismo enervador, era la muerte, y la barbarie germánica; no obstante el predominio de la fuerza, era la vida. En medio de la descomposicion de la sociedad antigua se prepara la trasformacion de la esclavitud; los esclavos se trasforman en siervos, paso primero y el más difícil hácia la libertad. Ciertamente es que ésta, tal como la entendian los antiguos, desaparece; pero va á renacer con una nueva energia bajo el régimen mismo de la fuerza, porque el espíritu de los Germanos es un espíritu de libertad. Reemplaza á la unidad la diversidad; la idea misma del Estado y la de la ciudad se borran; dejan

de ser políticas y sociales las relaciones para hacerse individuales; pero la anarquía sólo está en la superficie: la disolución es necesaria para reconstituir la sociedad sobre nuevas bases.

Con el siglo XI entramos en la Edad Media propiamente dicha, edad que llenan el feudalismo y la Iglesia. ¿Qué es lo que han hecho en favor de la libertad, de la igualdad y de la unidad, el feudalismo y la Iglesia? Expresión aquél de las tendencias y de los instintos de la raza germánica, no podía ser enemigo de la libertad; pero la libertad feudal es una libertad privilegiada, propia y exclusiva de las clases dominantes. El sistema feudal parece destructor de la igualdad, puesto que consiste en la dominación de los guerreros sobre los siervos; pero, en realidad, éstos no están ya fuera de la sociedad; tienen su puesto en la jerarquía feudal, y esto es el principio de su futura emancipación: el feudalismo no es una época de servidumbre, sino de manumisión. La unidad y el feudalismo parecen incompatibles, puesto que el feudalismo es el genio de la diversidad, y á pesar de ello se verifica un gran trabajo de unidad en su época. El imperio tiene la pretensión de concentrar en sus manos la soberanía temporal; el papado reclama la soberanía espiritual, la cristiandad forma un solo cuerpo; cierto que es un cuerpo con dos cabezas, y que las dos se combaten, procurando cada una subordinar á la otra, y que la victoria del papa ó la del emperador sería la realización de la monarquía universal, es decir, la tumba de la humanidad. El papado destruye al imperio, pero el imperio tiene en jaque al papado, entre tanto que las naciones llegan á ser bastante fuertes para oponerse á toda empresa de dominación universal. La unidad de la Edad Media no es otra cosa más que una lucha; pero durante ella, la unidad echa profundas raíces en la conciencia general, y los pueblos cristianos, con ser tan diversos, sienten la influencia de aquélla.

Hé aquí lo que ha hecho el feudalismo, de acuerdo ó en lucha con la Iglesia, para conseguir el ideal señalado á la humanidad. El feudalismo ha caído con gran aplauso de los pueblos, porque si se hubiera conservado, si hubiese conseguido organizar el género humano conforme á las tendencias que le eran propias, habría inmovilizado á la sociedad reproduciendo el sistema de las castas: una de guerreros, teniendo por misión la guerra y poseyendo

la tierra como salario de sus servicios, y otra compuesta de siervos pegados al terreno para cultivarle en provecho de la clase dominante: el feudalismo hubiera hecho de la religión misma una casta. De ese modo, la libertad hubiera sido el privilegio del pequeño número y la servidumbre el lote de la generalidad; y sin unidad y sin verdadero Estado, el mundo se hubiera visto fraccionado en infinidad de pequeñas sociedades hostiles, y por término de una guerra universal, la disolución y la muerte.

Tal hubiera sido el feudalismo si los principios que le constituían se hubieran desenvuelto de una manera absoluta; pero la vida no conoce el rigor de la lógica, ó, mejor dicho, no hay principio absoluto. El feudalismo entrañaba en sí los elementos de su transformación. El sistema feudal descansaba en la confusión de la soberanía y de la posesión del suelo: el señorío era una soberanía dependiente de un señor feudal, y era también una función social, puesto que el feudo se concedía con la carga del servicio militar. Había, por consiguiente, en aquella amalgama de propiedad privada y de soberanía algo de contradictorio, y, por lo tanto, un gérmen de disolución: debía sobreponerse la soberanía ó la propiedad privada. La tendencia de los vasallos á convertir sus feudos en hereditarios y transmisibles dió la preponderancia al elemento privado; de ahí el que el elemento soberanía se debilitó: todo lo que los vasallos inferiores perdían en fuerza ganaban los señores feudales, y de ahí también un movimiento hácia la unidad que no se detuvo hasta que la monarquía absorbió todas las soberanías feudales.

Había, además, en el régimen feudal otros gérmenes de disolución y de renovación. El ideal del feudalismo era una sociedad compuesta exclusivamente de guerreros y de siervos; pero semejante sociedad es imposible. Por bárbaros que se suponga á los pueblos, no pueden vivir mucho tiempo sin industria y sin comercio; y en la jerarquía feudal no había sitio para los comerciantes y los industriales. Descansando el feudalismo en la posesión y explotación del suelo, era esencialmente inmóvil; la industria y el comercio participan por su naturaleza de la contraria tendencia. Se comprende la explotación del suelo por medio de siervos; pero no se comprenden el comercio y la industria ejercidos por hombres que tengan las manos atadas: el comercio y la industria exigen libertad.

Cuando se estableció el feudalismo existían todavía hombres libres que ejercían las profesiones industriales y comerciales en las ciudades; y no encontrando lugar en la jerarquía feudal, se formaron una constituyéndose en municipios ó comunes, que no eran otra cosa sino los hombres libres reunidos en corporación y reclamando un puesto igual en la sociedad al que ocupaban los vasallos; por eso forman, como los señoríos, un Estado dentro del Estado. De este modo proceden los comunes del feudalismo; pero los vasallajes burgueses son también un principio de ruina y de transformación para el sistema feudal; el feudalismo es guerrero, y los comunes son comerciantes é industriales. El comercio y la industria son un instrumento de riqueza y de poder, mientras que la guerra arruina á los que hacen de ella un oficio, lo cual quiere decir que el elemento del trabajo tenía que sobreponerse al elemento guerrero. El feudalismo guerrero es un principio de libertad, si bien privilegiada y excepcional; la libertad de los municipios aspira á abrazar á todos los habitantes del territorio; y una vez que la libertad sea general, ya no hay privilegio, ni, por consiguiente, feudalismo. Los municipios son el gérmen de una nueva organización social. El vasallo no tenía relaciones más que con el señor feudal; sus derechos y sus deberes descansaban sobre un contrato de intereses privado; no había Estado, y los servicios públicos eran feudos, es decir, propiedades particulares; la justicia era un feudo, la percepción de derechos fiscales un feudo, la acuñación de la moneda un feudo: el elemento individual, el elemento privado, son los que allí dominan. Pero con el establecimiento de los municipios todo cambia; la justicia y la administración constituyen ya un interés comunal, público por lo tanto: los magistrados y los administradores ya no son vasallos; poseyendo sus oficios como una propiedad, son funcionarios. Así es como la soberanía local del municipio es el gérmen de la soberanía general del Estado. No hace falta más que un centro para unir aquellos elementos esparcidos y constituir la nación, y ese centro se encontraba en la jerarquía feudal, era la monarquía. La monarquía es el órgano del Estado, es quien le representa, y en cierto modo, quien le constituye, entre tanto que las naciones llegan á ocupar su puesto. La monarquía es la enemiga natural del feudalismo; se liga con

la antigüedad, y encuentra su más firme apoyo en los legistas, herederos del genio de Roma. La monarquía y los municipios baten en brecha el edificio feudal, que se desploma á sus golpes, y sobre sus ruinas se levantan las naciones, la libertad y la igualdad para todos.

Se puede decir de la Iglesia lo que hemos dicho del feudalismo; en vano pretende sustraerse á la ley que rige á todo lo que se relaciona con el hombre; también la Iglesia pasa por el trabajo de disolución y de renacimiento; al salir de la Edad Media estalla la Reforma. Y aquella revolución religiosa no se verificó en un día; necesitó mucho tiempo para prepararse. Y es que la Edad Media no estaba inmóvil más que en apariencia; en el fondo se verificaba un trabajo incesante de transformación y de renovación. La Reforma tuvo sus precursores. Este asunto, demasiado importante para ser tratado en algunas páginas, reclama un estudio aparte (1); en éste no tratamos más que del feudalismo.

§ II. — Influencia de las cruzadas en la disolución del feudalismo.

Entregado á sí propio el feudalismo, ¿hubiera llegado á transformarse? ¿Hubieran tenido los hombres libres fuerza bastante para luchar con sus señores? ¿Hubiera triunfado la libertad general de la libertad privilegiada de los vasallos? Se puede dudar mucho de ello al ver cuán larga fué la lucha y cuán contraria muchas veces á la libertad y favorable al privilegio. Dios vino, sin embargo, en socorro de la humanidad por uno de aquellos grandes trastornos en los cuales desaparece el hombre, en cierto modo, ante la omnipotencia divina. Hay épocas de renovación en las que el movimiento regular de las cosas no basta para conducir á los pueblos hácia el fin que les está señalado. Dios interviene siempre en el destino de los hombres; pero en aquellas épocas solemnes, su acción es más evidente y más irresistible. La antigüedad se hubiera disuelto por sí misma, pero en la podredumbre y en la más vergonzosa de las muertes; el cristianismo hubiese perecido, y con él la humanidad, si Dios no hubiese enviado á los

(1) Véase la parte octava de estos Estudios, ó sea la que sigue á esta.

Bárbaros. La Edad Media se hubiera transformado quizá después de furiosas luchas; quizá también hubiera sucumbido la libertad antes de adquirir la fuerza necesaria para empeñar la lucha; todos los intereses la eran hostiles. La Iglesia se apoyaba algunas veces en la libertad, mas era para sacar partido en favor de su dominación; y allí donde un interés no provocaba su ambición, rechazaba la libertad, conociendo por instinto que éste era incompatible con el imperio que ella ejercía sobre las almas. No la era más favorable la monarquía, porque el movimiento de los pueblos hacia la libertad propende a emanciparnos hasta del poder real. El feudalismo tampoco quería libertad más que para la clase dominante. De este modo, la libertad general tenía enemigos en todas partes y en ninguna encontraba apoyo. Pero afortunadamente tenía el de Dios. Las cruzadas fueron la intervención de la Providencia para neutralizar las influencias hostiles a la libertad, para debilitar la resistencia de los privilegiados y para aumentar la fuerza de los hombres libres. Las cruzadas transformaron el feudalismo, y son la expresión ideal del mismo.

La religión fué la palanca poderosa que levantó a la Europa; pero sin el espíritu guerrero que animaba al feudalismo, las guerras santas hubiesen sido imposibles. La caballería formó el centro de los ejércitos cristianos, y se supo conquistar en aquellas gigantescas luchas una gloria que no perecerá; pero ellas fueron también la causa de su disolución. El espíritu guerrero constituye la esencia del feudalismo; las primeras cruzadas fueron exclusivamente guerreras y religiosas. En el siglo XIII se manifiesta un nuevo elemento en las guerras santas; es siempre la religión el móvil aparente, pero el que dirige los golpes de los cruzados es el comercio; las riquezas de Constantinopla hicieron olvidar el sepulcro de Cristo. No es que las cruzadas creasen el comercio, pero le imprimieron una inmensa actividad. El imperio griego, a pesar de su decadencia, continuaba siendo el lazo de unión entre el Oriente y el Occidente; y las ciudades comerciales de Italia se asociaron a aquellas relaciones, siendo el interés comercial, mucho más que la fe, el que les movió a tomar parte en las cruzadas; de modo que las guerras santas sirvieron de medio para entrar en relación con los infieles. Fracasó la empresa de las cruzadas, pero las

comunicaciones comerciales, una vez establecidas, ya no se cortaron. Los comerciantes, tan emprendedores como los guerreros, llegaron en el Asia hasta el Indo y en África hasta el desierto; pero entre todos los pueblos, fueron las ciudades italianas las que más frecuentaron los caminos abiertos por las cruzadas, aun cuando sería un error el creer que aquellas solas se aprovecharon de ellos: el comercio es como una cadena eléctrica: cuando se imprime el movimiento en una parte, se hace sentir en todas. Otro tanto sucedió con el impulso que las cruzadas dieron a la industria. El contacto de la Europa bárbara con el imperio de Oriente creó nuevas necesidades y provocó el lujo; productos hasta entonces ignorados del Occidente se trajeron a él, y entre ellos la seda y la caña de azúcar, que por cierto desempeñan en la civilización general un papel más importante del que parece a primera vista. La industria, compañera del comercio, inauguró una nueva era, la del desenvolvimiento pacífico de la humanidad (1). La guerra es la ocupación y el vínculo de los pueblos en el antiguo orden de cosas; pero a medida que la industria y el comercio adelantan, va perdiendo la guerra su importancia y su influencia. Y como el feudalismo estaba fundado en la guerra, al desarrollarse el elemento comercial e industrial, le minó por sus cimientos.

La jerarquía feudal se apoya en la distinción de clases, la cual, si se hubiera podido desenvolver con todo su rigorismo, hubiera conducido al régimen de las castas. Pero las cruzadas mezclaron a todas las clases. El feudalismo dividía, y las cruzadas unieron, al hacer un llamamiento a todos los fieles. La jerarquía feudal separaba al siervo del señor por el abismo del nacimiento, y las cruzadas los asociaron para acometer una misma empresa. Fueron, pues, las cruzadas el germen de una revolución social. Las guerras santas arrastraron a lo más selecto de la caballería feudal, la cual formaba un cuerpo poco numeroso; la inmensa mayoría de los cruzados pertenecía a las clases más o menos dependientes. El ejército de Godofredo de Bouillon en Nicea se componía de 100.000 caballeros y 600.000 peregrinos de todas clases. Las cruzadas, al desatacar a los siervos de la gleba, rompieron sus cadenas, porque los siervos que se cruzaban ya no eran

(1) HEEREN, de la *Influencia de las cruzadas* (Obras históricas tomo II, p. 270, 314, edición francesa).

siervos, sino hombres libres; y desde aquel punto se veían animados de un nuevo espíritu, espíritu de independencia y alguna vez de rebelión. *Guillermo de Tiro* cuenta que poco antes del sitio de Nicea, irritada contra los jefes del ejército la gente de a pie, no les quiso obedecer y eligió por general a un oscuro soldado, llamado Godofredo Burel: "Y llegó a tanto la irritación, dice el traductor del historiador latino, que la gente de a pie se armó para echarse sobre los caballeros, los cuales permanecieron encerrados hasta que la gente de a pie se calmó." Después de la toma de Nicea, hubo nuevos murmullos por parte de la masa de los peregrinos, descontentos por el reparto del botín, y costó trabajo a los jefes del ejército apaciguar al pueblo irritado y hacerles ver el santo fin de su empresa (1). La creación del reino de Jerusalén dió por resultado el que el feudalismo se introdujese en la Palestina; pero los cruzados conservaron la libertad que les había dado la guerra santa. En los *Assises de Jerusalén* se lee que se formó una clase de burgueses y que se veían esclavos pertenecientes a la población no cristiana, pero que ya no se veían siervos.

Los sentimientos de fraternidad que las cruzadas fomentaron fueron útiles a los siervos que permanecieron en Europa. El señor que marchaba a Tierra Santa ya no consideraba a los *hombres de la picota* como un accesorio de sus inmuebles; un mismo espíritu animaba al señor y al siervo: desaparecía el orgullo feudal, reemplazado por la humildad cristiana. Los cronistas refieren con admiración los sacrificios que hacían los grandes de la tierra en favor de sus soldados y de sus servidores; pero ¿por qué admirarse, dice *Odon de Deuil*, cuando Jesucristo, el Señor y el Salvador del mundo, nos ha dado el ejemplo? (2). La igualdad, desconocida por el feudalismo, se restableció en los campos de batalla. Los señores que tomaban la cruz conocían que iban a necesitar del concurso de sus siervos, y los emancipaban antes de marchar a Tierra Santa (3). El espíritu de igualdad y de fraternidad que las cruzadas despertaron, des-

(1) GUILL. DE TIRO, III, 12 (BONGARS, p. 672).

(2) ODON DE DEUIL, *Cruzadas de Luis VII*, c. VI (GUIZOT, *Memorias*, XXIV, 364).

(3) Existe uno de esos documentos en el cual un señor que va a marchar con sus hombres para Tierra Santa los emancipa de toda rapiña; por su parte, los siervos emancipados prometen obediencia a su señor (*Ordenanzas de los reyes de Francia*, t. XI, página 369).

perió a su vez la idea de que la libertad aprovecha al señor tanto como al siervo, y de ahí las numerosas actas de emancipación que se redactaron en los siglos XII y XIII.

No hay, sin embargo, que exagerar demasiado la influencia de las cruzadas en la condición de los siervos, porque todavía han existido en el siglo XVIII, y ha sido necesaria una revolución que conmovió la sociedad hasta en sus cimientos para romper las últimas cadenas de la servidumbre. Si las cruzadas arruinaron el feudalismo y dieron principio a una nueva edad, fué menos por la emancipación de los siervos que por el contacto y la mezcla de los pueblos y por el movimiento impreso a la libertad general. Se ha negado la influencia de las cruzadas en el desenvolvimiento de los municipios (1), supuesto que no hay relación entre el movimiento comunal del siglo XII y las guerras santas. Pero las grandes revoluciones como las cruzadas no deben mirarse bajo el prisma de la influencia directa e inmediata que ejercieran sobre la sociedad. Cierto es que los burgueses que fundaron los comunes eran extraños a las cruzadas, y que los gérmenes del movimiento municipal eran muy anteriores; pero también es cierto que las cruzadas favorecieron y apresuraron el movimiento. ¿Cuáles son los países en que los comunes adquirieron más grados de libertad y de poder? Aquellos en que florecían el comercio y la industria, la Italia, el Mediodía de la Francia y la Flandes. Pues las cruzadas imprimieron allí al comercio una actividad hasta entonces desconocida; y al enriquecer a las ciudades industriales, las cruzadas las dieron poder, siendo el poder de las ciudades el que les aseguró un puesto en el orden político.

Las cruzadas produjeron una vida nueva en todas las relaciones humanas, y fueron, por lo tanto, el principio de la Edad Moderna. ¿Cuál es la razón filosófica del feudalismo? Se encuentra en la expresión del genio de los pueblos; cuando las inteligencias de éstos son estrechas, y no alcanzan la idea de generalidad, nacen sociedades estrechas; al ensancharse el espíritu humano, necesariamente se ensancha el medio social. El feudalismo no se concibe más que en el aislamiento; y para mantenerse en tal estado, se necesitaba que la sociedad se hu-

(1) HALLAM, *Hist. de la Edad Media*, t. I, p. 232.

biese inmovilizado; pero una vez mezclados los pueblos, no era posible el feudalismo. Ese fué el efecto de las cruzadas; los hombres salieron de su aislamiento, se apercibieron que más allá de los límites que encerraban su existencia había hombres que hablaban la misma lengua y que tenían el mismo carácter y el mismo genio, aparte las diversidades que los separaban, y el sentimiento de la unidad nacional se despertó cuando las diversas tribus de una misma raza se encontraron en los mismos campos, no de otro modo que si se encontrasen los diversos miembros de un mismo cuerpo. Desde el momento en que el sentimiento nacional se revela, el feudalismo queda radicalmente destruido, toda vez que el feudalismo es la ausencia de unidad nacional; sus sentimientos esparcidos van á agruparse alrededor de la monarquía; y al paso que se acrecienta el poder real, declina el feudalismo. Ese progreso y esa decadencia se verifican precisamente durante las cruzadas. Al principio éstas, la monarquía es tan débil que nadie piensa en poner á los reyes á la cabeza de los ejércitos cristianos: los barones feudales eligen un jefe de su seno. Pero cuando las cruzadas concluyen, la monarquía domina á los vasallos: es ya el poder preponderante, y pronto será el único; y si no el órgano, será el símbolo de la unidad y de la soberanía nacional.

Al aproximar á los hombres, las cruzadas pusieron en evidencia los caracteres de las diversas naciones; pero al lado de ese elemento de diversidad

se desarrolló un sentimiento más general, el de la unidad cristiana. La cristiandad aparece en las cruzadas como una gran nación; la anima un mismo espíritu, tiene un mismo fin y un mismo enemigo. Los cruzados tenían conciencia de esa unidad: "Hemos sido bautizados en Jesucristo, dice el obispo Ademar á sus compañeros al entrar en batalla con los Turcos; todos somos hijos de Dios; todos somos hermanos; que un reciproco afecto una á todos los que nos une un lazo espiritual." *Foulcher de Chartres* exclama: "¿Quién ha oído decir jamás que se hayan reunido en un solo ejército tantas naciones de lenguas diferentes, Francos, Flamencos, Frisones, Bretones, Alobroges, Loreneses, Alemanes, Bávaros, Normandos, Escoceses, Ingleses, Aquitanos, Italianos, Iberos, Dacios, Griegos, Armenios? Si algun Teuton ó Breton viniese á hablarme, me sería imposible responderle. Pero, aun cuando divididos por tantos idiomas, todos parecemos hermanos y próximos parientes, todos unidos en un mismo espíritu por el amor del Señor" (1). Cuando comenzaron las cruzadas, cada baron se creía el centro del mundo en su territorio; el siervo no conocía más que su terruño y su iglesia; cuando terminaron las cruzadas había ya naciones y al mismo tiempo el sentimiento de una unidad más grande. Aquella es la aurora de una nueva edad, la edad de las naciones unidas por el vínculo de la humanidad.

(1) FOULCHER, *Hist. de las cruzadas*, c. v (BONGARS, p. 389).

CAPÍTULO II.

DISOLUCION DE LA JERARQUÍA FEUDAL.

SECCION I.ª

LOS MUNICIPIOS.

§ I.—Los municipios y el feudalismo.

N.º 1.—Los municipios ¿son romanos ó germánicos?

I.

El municipio es el primer elemento de las naciones; el movimiento municipal del siglo XII abre la era de las nacionalidades. Esa revolución que dió la vuelta á Europa es también el principio de la libertad moderna. El feudalismo no conocía naciones; su expresión ideal, la caballería, era una institución cosmopolita; hijo de la Germania, estaba animado del espíritu de libertad que inspiraba á los Germanos, pero era una libertad privilegiada, patrimonio de un corto número; la masa de las poblaciones estaba apegada al terron: en el régimen feudal no hay sitio para los hombres libres. Los municipios, órganos instintivos del sentimiento nacional, reivindicaron la libertad y se adquirieron un puesto en la jerarquía social; humildes al principio, fué creciendo su influencia y acabaron por formar el tercer estado. ¿Y qué era el tercer estado? Á esa pregunta respondió la revolución francesa: el tercer estado, es decir, el pueblo, es toda

la nación ménos algunos privilegiados que deben confundirse en él si quieren ser algo.

El movimiento municipal del siglo XII no es nada ménos que el advenimiento de las naciones y de la libertad. ¿Cuál es el principio de esa gran revolución? En todas las cosas son difíciles de descubrir los orígenes; ¿qué no será cuando las pasiones de raza y de civilización se disputan el campo de la historia? El debate sobre el origen de los municipios es una lucha, por decirlo así, entre Roma y la Germania. Nacidos en la Edad Media, siendo una reacción contra la tiranía feudal, ¿no habían de ser los municipios el despertar de la antigüedad, el retorno á la libertad general, que existía por lo ménos entre los hombres libres del antiguo mundo? Tal es la opinión de los que no ven en los Bárbaros más que un principio de barbarie y deploran su invasión como la ruina de la brillante cultura de Roma, de los que refieren á la Ciudad Eterna todo lo que hay de grande y de bello en nuestra civilización. Esa es la opinión de casi todos los escritores franceses, hasta de aquellos que tratan con más imparcialidad á los conquistadores